





**TEXTOS DE**  

---

**JOSÉ**  
**REVUELTAS**



**TEXTOS DE**  

---

**JOSÉ**  
**REVUELTAS**

*Colección*  
**COLORES**  
**PRIMARIOS**

COLECCIÓN  
COLORES PRIMARIOS

ASOCIACIÓN ESCRITORES DE MÉXICO, AC.

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

*Director editorial*

Jocelyn Pantoja

*Selección y cuidado*

Karloz Atl Y René Crespunk

### COLECCIÓN COLORES PRIMARIOS

Con la colección de poesía iberoamericana **Colores Primarios** la Asociación de Escritores de México AC archiva por tercer año el **Programa de Apoyo al lector**. Dicho programa tiene como objetivos principales fomentar el libre acceso a la lectura y promover la escritura.

PRIMERA EDICIÓN: Septiembre 2014

© D.R. Asociación de Escritores de México AC.  
Calle 24 y Cerrada La Pirámide S/N colonia San Pedro de los  
Pinos Delegación Benito Juárez CP 03800 en México Distrito  
Federal.

Esta colección ha sido creada con un fin estrictamente cultural y sus libros son de distribución gratuita. Está prohibida su venta o el lucro que se pudiera generar con la misma.

El libro *Textos de José Revueltas* de la colección Colores Primarios es un proyecto realizado gracias al apoyo del Gobierno del Distrito Federal mediante su Secretaría de Cultura por un convenio de colaboración firmado durante el 2014 con la Asociación de Escritores de México AC.

Impreso y hecho en México

ILUSTRACIONES: Obed Gonzáles  
DISEÑO DE LA COLECCIÓN: María José Farías  
FORMACIÓN: Lucero Zaldivar Rico



Densidad y fuerza son los atributos que distinguen a la obra de **JOSÉ REVUELTAS**. Escritor que a una centuria de su natalicio dista mucho de eclipsarse; al contrario, se afirma. Nacido en Santiago Papasquiaro, Durango, en un 20 de noviembre, José destacaría en literatura tanto como sus hermanos en otros ámbitos artísticos: Fermín (1901-1935), reconocido pintor estridentista; Rosaura (1910-1996), bailarina, actriz y escritora; Silvestre (1899-1940), compositor musical del estilo nacionalista.

La prisión, tópico constante en la obra de José Revueltas, nace de una biografía que, al igual que sus relatos, es intensa y nada común. Autodidacto por convicción, poco antes de cumplir los 15 años fue aprehendido por sedición e intento de motín, y hubo de esperar seis meses para ser puesto en libertad. El delito: izar la bandera comunista en el asta del Zócalo. Tres años después, entre julio y noviembre de 1932, fue recluso en las Islas Marías, adonde volvería en 1934 por organizar una huelga de peones agrícolas en Camarón, Nuevo León. De ahí no saldría hasta febrero del siguiente año.

Tres décadas después, a unos días de cumplir 54 años, fue condenado a prisión una vez más, ahora por los delitos de sedición, invitación a la rebelión, daño en propiedad ajena, ataques a las vías generales de comunicación, robo, despojo, acopio de armas, asociación delictuosa, lesiones y homicidio. Era noviembre de 1968 y no había duda de que todos esos cargos le fueron imputados por su apoyo al movimiento estudiantil.

José Revueltas tuvo tres matrimonios. En 1937 con Olivia Peralta, en 1947 con María Teresa Retes y en 1973 con Ema Barrón Licona. Falleció el 14 de abril de 1976, a consecuencia de un paro cardíaco. Dos días después fue enterrado en una ceremonia multitudinaria en el panteón francés.

En su escritura se reconoce un realismo de carácter dostoyevskiano, ciertos tonos existencialistas; muchos de sus temas son una reflexión acerca de lo mexicano, su identidad y sus dilemas. A través de sus personajes, seres marginales, se descubren secretos de la psique: ternura, misericordia, crueldad o sacrificio sirven para describir el sufrimiento y la esperanza como condiciones de la humanidad.

Su obra abarca novela, cuento, teatro, cine, ensayo teórico-político y un poco de poesía. *Los muros de agua* (1941), *El luto humano* (1943), *Dios en la tierra* (1944), *Los días terrenales* (1949), *En algún valle de lágrimas* (1957), *Los motivos de Caín* (1958), *Dormir en tierra* (1961), *Los errores* (1964) y *El apando* (1969) son algunas de sus obras literarias. De sus obras de teatro destaca *El cuadrante de la soledad* (1950).



## DIOS EN LA TIERRA

### FRAGMENTO

LA POBLACIÓN estaba cerrada con odio y con piedras. Cerrada completamente como si sobre sus puertas y ventanas se hubieran colocado lápidas enormes, sin dimensión de tan profundas, de tan gruesas, de tan de Dios. Jamás un empecinamiento semejante, hecho de entidades incomprensibles, inabarcables, que venían...¿de dónde? De la Biblia, del Génesis, de las tinieblas, antes de la luz. Las rocas se mueven, las inmensas piedras del mundo cambian de sitio, avanzan un milímetro por siglo. Pero esto no se alteraba, este odio venía de lo más lejano y lo más bárbaro. Era el odio de Dios. Dios mismo estaba ahí apretando en su puño la vida, agarrando la tierra entre sus dedos gruesos, entre sus descomunales dedos de encina y de rabia. Hasta un descreído no puede dejar de pensar en Dios. Porque, ¿quién si no ÉL? ¿Quién si no una cosa sin forma, sin principio ni fin, sin medida, puede cerrar las puertas de tal manera? Todas las puertas cerradas en nombre de Dios. Toda la locura y la terquedad del mundo en nombre de Dios. Dios de los ejércitos; Dios de los dientes apretados; Dios fuerte y terrible, hostil y sordo, de piedra ardiendo, de sangre helada. Y eso era ahí y en todo lugar porque Él, según una vieja y enloquecedora maldición, está en todo lugar: en el silencio siniestro de la calle; en el colérico trabajo; en la sorprendida alcoba matrimonial; en los odios nupciales y en las iglesias, subiendo, en anatemas por encima del pavor y de la consternación. Dios se había acumulado en las entrañas de los hombres como sólo puede acumularse la sangre, y salía a en gritos, en despaciosa, cuidadosa, ordenada crueldad. En el norte y en el sur, inventando puntos cardinales para estar ahí, para impedir algo ahí, para negar alguna cosa con todas las fuerzas

que al hombre le llegan desde los más oscuros siglos, desde la ceguedad más ciega de su historia.

Texto contenido en *Dios en la tierra*.

## [SI EL AIRE...]

Si el aire no tuviera sangre  
si el agua del océano fuera pura  
y no trajera jóvenes despedazados  
si las playas fueran limpias, serenas  
y en ellas no la muerte sino el amor golpeará...

Enloquecidos pájaros del viento  
han llegado hasta aquí para no alejarse nunca.  
Todo mundo nos está gritando  
en el filo mismo de la Historia  
en la frente escupida de las cosas que existen.

Hay que saber, irrevocablemente, de nuestra  
eternidad.  
Más que la hormiga, más que el siglo y que el amor  
más que las lenguas del tiempo y el caer de los hombres  
durarán nuestras manos de huesos y agonía.

Saben ya los roncospájaros de nuestras lágrimas  
despiertas  
lágrimas sonando tercamente sobre los tercospájaros  
tambores  
que anidan en el fondo.

Y nuestro par de rotos corazones vivos  
nuestro par de ojos que ven cuando se cierran  
se habrán unido y  
al rumor de los brazos, eternos como piedras,  
como piedras duros, y amorosos, y tristes.  
Mi pobre corazón es inútil para toda la tristeza.  
Dejo de sufrir a cualquier hora  
cuando todos lloran cuentas vivas de cal, granos  
amargos.

Se pueden hacer versos que sean un grito solo,  
se pueden cantar canciones con los labios mudos.

Hay que llorar por todos nosotros  
y yo no he llorado todavía.

Hablad, mirtos de hierro y desventura, junto a los  
niños.

Hay niños.  
Hay hermanos vivos y destruidos con el alma  
quebrada  
y una luz en la frente.

Si mi pobre corazón no fuera tan pequeño  
y pudiera tener una gran casa abrigada  
y una dulce, larga superficie de trigo y de sollozo.

Si mis labios fueran agua, manos y peces soñados  
y no tristes vocablos y silencio.

He llorado todo esto, yo.  
Pero oíd que no he derramado una sola lágrima  
todavía.

Duraremos duramente más que la larva, más que el  
espanto  
porque somos eternos y condenados,  
somos de tierra, y de tierra de la tierra.

Nuestros hermanos quebrados,  
más puros que Jesús,  
más olvidados,  
quedan gritando con los pájaros del viento.

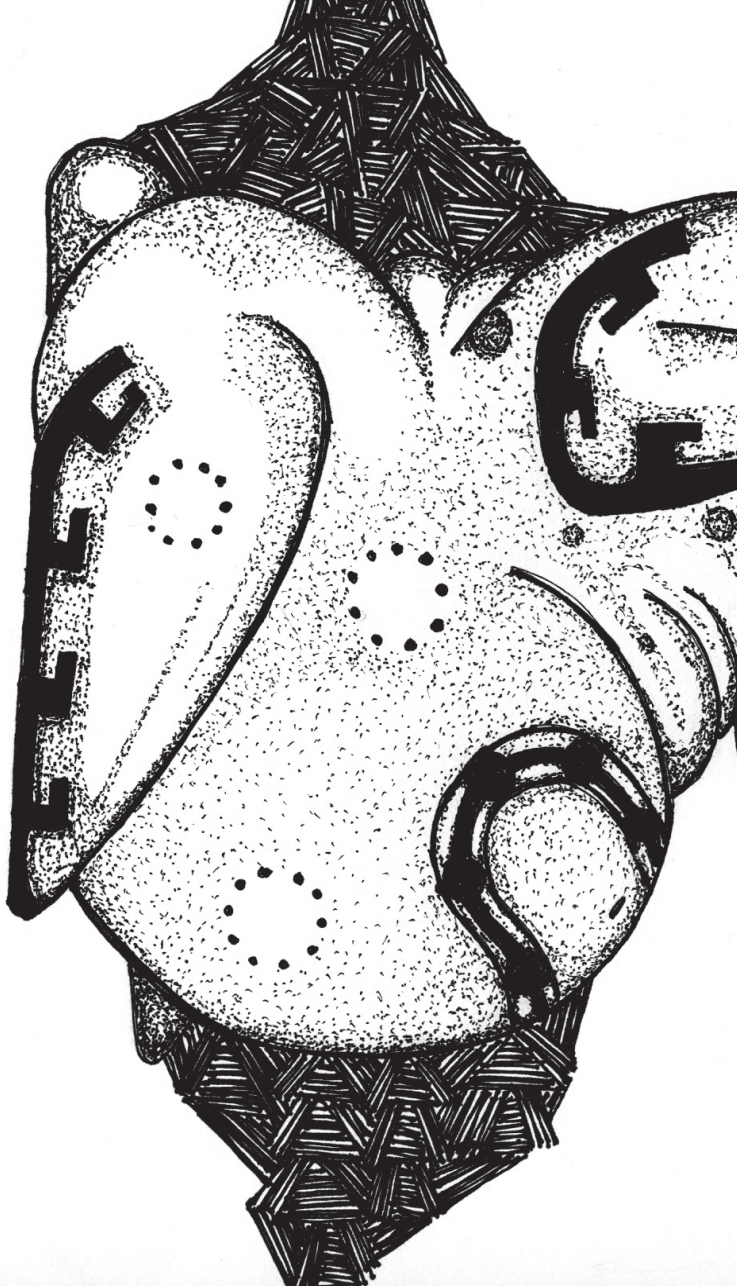
Porque el aire tiene sangre  
y el agua del océano es impura  
y en las playas sólo la muerte golpea  
podemos hacer versos todos juntos  
hasta que la tierra se parta  
hasta que nuestras lágrimas derriben al mundo  
hasta que brote de la nada una paloma.

Sordo estoy y puedo todavía humillarme,  
puedo tomar un cuchillo y enseñar mis abismos  
mis glorias, mi desamparo.

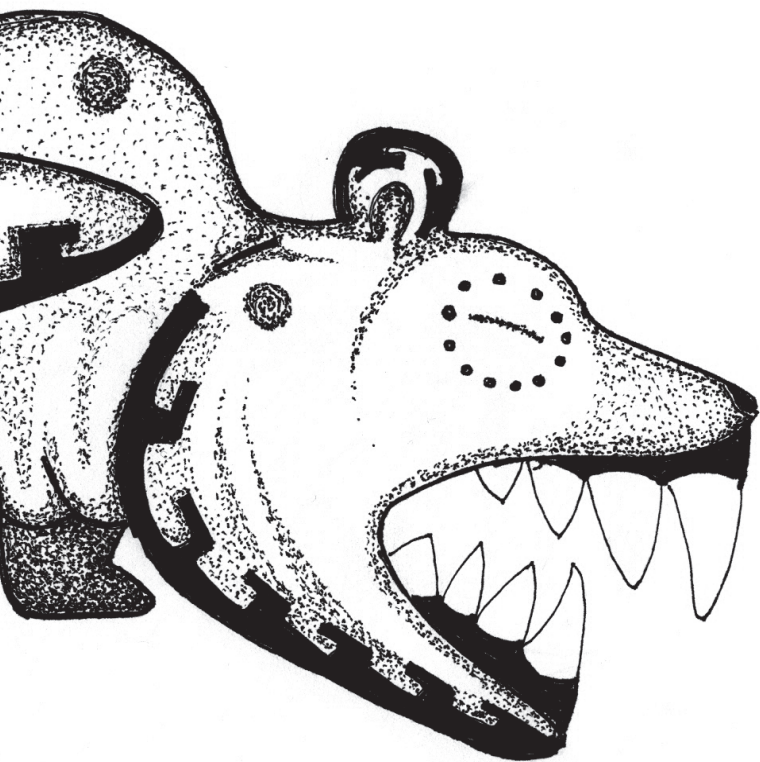
Podemos.

Para llover del cielo  
virtuosamente limpios, desnudos y dispuestos.

Texto contenido en *El propósito ciego*.







## CAPÍTULO VI

### LOS MOTIVOS DE CAÍN

#### FRAGMENTO

Estaba de rodillas, rezando, la actitud ferviente y llena de monstruosa fe, arrebatado por una contricción abrumadora, la cabeza caída sobre el pecho de un modo total, la cabeza de alguien a quien un verdugo torpe guillotiné de mala manera y entonces aún pende del tronco, sujeta por alguna terca membrana, los cabellos sobre el rostro, caídos hacia delante igual que alas rotas, desmadradas, de algún pájaro gigantesco y quieto, rezando, rezando para sí mismo, sin decir palabras, apenas nada más que una respiración increíble y sucia, envuelta en flemas y mucosidades.

Jack castañeaba los dientes sin poderse contener: ahí estaba el comunista norcoreano, de rodillas, en aquel refugio contra los bombardeos con paredes de hormigón, bajo la luz hirviente de un reflector de arco. Tenía las manos a la espalda, perfectamente atadas, en la misma forma que los tobillos, y una cuerda, bajo las axilas, que subía hasta el techo y ahí pasaba a través de una rueda metálica para terminar en la pared, atrás del norcoreano, amarrada a un especie de ménsula. Servía esta cuerda para mantener erguido el cuerpo del muchacho comunista y que no dejara de conservarse de rodillas, que no dejara de elevar sus oraciones a quién sabe qué deidad inclemente y solitaria, de rodillas sobre una barreta de acero cuyas aristas se encajaban en sus huesos hasta la locura. Estaba desnudo.

En el primer momento la luz del reflector impedía ver quiénes estaban en la parte oscura del refugio de hormigón. “En cambio *ellos* sí pueden

advertirnos”, pensó Jack, cuando, apenas habían entrado él, Tom y el oficial de Inteligencia, se escuchó una voz femenina, pero ronca y áspera.

–Lo desconcertante es que no se queja, teniente Morris –dijo la voz con sorda cólera acusatoria y llena de desprecio, como si el norcoreano estuviese comiéndolo el más grave de los delitos–; ni un quejido, y esto nos impide saber hasta qué grado sufre, o si no sufre en absoluto. ¡Es como para que cualquiera enloquezca de rabia con estos bastardos amarillos!

Poco a poco dos figuras se fueron precisando al otro lado del reflector. En efecto, algo que parecía una mujer con uniforme y un soldado. El teniente Morris no se alteraba: teniente Sidney Morris –con ese nombre se había presentado ante Jack cuando salieron de la barraca, pero solamente hasta entonces–, oriundo de Norcarolina y oficial del Servicio de Inteligencia.

–¡Tómelo con calma, doctora Jéssica! –se escuchó la voz del teniente Morris, una voz plana, sin emociones, paciente y resignada como la de un pastor religioso–. Sucede que estos tipos a veces se anestesian previamente, vaya usted a saber con qué yerbas o drogas, cuando van a realizar alguna obra de sabotaje, para que, en caso de caer en nuestras manos, puedan resistir cualquier interrogatorio, por más duro que sea. No me explico de otra manera cómo pueden soportar hasta estos extremos –en seguida la calmada voz pareció traicionarse con una inflexión de ira humillada–. ¡Ni quiero explicármelo de otra manera! ¡Las ideas! ¡Bah! ¡Me cago en las ideas!

Se hizo un silencio largo. Solo el arco de carbones del reflector dejaba escuchar su monorrítmico rumor de abejorro, junto al respirar del norcoreano, que parecía hacerlo como debajo de un lodazal.

–¿Verificó usted desde un principio, doc, si estaba o no bajo el efecto de alguna droga?

La voz de la doctora Jessica: –Sí, en absoluto, teniente Morris. Lo verifiqué desde un principio, antes de que “comenzaran” con él. Ninguna droga, de ninguna especie. Pupila normal, sin dilataciones. Se hicieron todas las pruebas clínicas.

Fragmento del capítulo VI de la novela *Los motivos de Caín*, 1957.

## NOCTURNO DE LA NOCHE

*Para Efraín Huerta*

Cuando la noche;  
cuando los espejos reciben el asombro culpable de  
    los adulterios  
y las sillas saben de las torpes pisadas;

cuando los libros se quedan abiertos como una  
    película de pronto detenida  
y los cigarrillos sólo son un recuerdo de angustias y  
    desvelos, quemados para siempre;

cuando los números Palmer del mediocre joven  
    meritorio  
son un feroz y enloquecidamente acariciado anhelo  
    de abrazarse por sorpresa  
a la Amparito o a la Chole  
en un mentido vuelco aéreo del Luna Park;

cuando las prostitutas ofrecen su seco y taciturno  
    sexo a los inspectores  
o a las escalofriantes agujas de los que le ponen  
    Roberto o Gustavo;

cuando una gringa en lo alto de un hotel lleno de  
    cafiaspirina

bebe el horroroso brandy desesperadamente sin parar  
con el triste frenesí salvaje que cuenta Duhamel;

cuando en las abandonadas conserjerías de latón  
sólo se sabe ya  
del chillido de la niña loca del conserje;

cuando la rubia insidia de la Western Union grita  
con las pipas  
de los colonos que ya no se escriba  
sino se cablegráfie,  
que ya no se sueñe  
sino se asesine,  
que ya no se lllore  
sino se pisoteen los vientres embarazados;

cuando la noche;  
cuando las pistolas de aire y la soldadura autógena  
que cada vez parece más una enfermedad de los  
dientes,  
entonces oigo torrentes furiosos de semen que corre  
por las calles  
como entre caños de sombra y de injurias:

semen impuro y vicioso de horrendos señoritos,  
destilado en las esquinas oscuras, en los pasillos de  
los cines  
y en los mingitorios.

Semen con la decrepitud alucinante del ojo que mira  
por la cerradura  
en el cuarto del hotel donde la joven pareja se ha

sepultado para siempre.

Semen cien veces maldito de las sombras de los  
jardines.

Cuando el crimen y los papeleros se duermen en la  
calle.

Se sucede sin fin, ignorándose a sí mismo  
atormentado,  
con una falsa alegría de labios relamidos y de placer  
gratuito,  
sin pensar en la sangre derramada,  
sin pensar en el limpio, puro y desvestido espacio,  
sin pensar en la música y el aire,  
sin pensar en la vida.

Es preciso, es preciso, es preciso que se caigan los  
muros,  
que cesen los venablos de angustia que nos han  
atravesado,  
que quede nada más un grito clamando, herido  
eternamente,  
y una sobrehumana colérica voluntad como rama  
de un árbol furioso  
para golpear hasta el polvo y el aniquilamiento.

Cuando la noche.  
Cuando la angustia.  
Cuando las lágrimas.

Texto contenido en *El propósito ciego*.

## LO QUE UNO SÓLO ESCUCHA

*Para Rosa Castro*

La mano derecha, humilde, pero como si prolongase aún el mágico impulso, descendió con suma tranquilidad a tiempo de que el arco describía en el aire una suave parábola. Eran evidentes la actitud de pleno descanso, de feliz desahogo y cierta escondida sensación de victoria y dominio, aunque todo ello se expresara como con timidez y vergüenza, como con miedo a destruir algún íntimo sortilegio o de disipar algún secretísimo diálogo interior a la vez muy hondo y muy puro. La otra mano permaneció inmóvil sobre el diapasón, también víctima del hechizo y la alegría, igualmente atenta a no romper el minuto sagrado, y sus dedos parecían no atreverse a recobrar la posición ordinaria, fijos de estupor, quietos a causa del milagro.

Aquello era increíble, mas con todo, la expresión del rostro de Rafael mostrábase singularmente paradójica y absurda. Una sonrisa tonta vagaba por sus labios y se diría que de pronto iba a llorar de agradecimiento, de lamentable humildad.

—No puede ser, no es cierto; es demasiado hermoso —balbuceó presa de una agitación extraña y enfermiza. Apartó el violín de bajo su barbilla y oprimiéndolo luego con el codo, la mano izquierda libre y sin que la otra abandonase el arco, se puso a examinar ambas flexionando ridículamente los dedos, una y otra vez, como si los quisiera desembarazar de un calambre—. No puedo creerlo, es demasiado —repitió.

Después de las amargas incertidumbres, hoy era como si las tinieblas de la duda se hubieran disipado para siempre. Su mano izquierda se había conducido con destreza, seguridad e iniciativa extraordinarias; supo ir, de la primera a la séptima posiciones, no sólo por cuanto a lo que la partitura indicaba, sino sobre todo, por cuanto a la inquietud de descubrir nuevos matices y enriquecer el timbre mediante la selección de cuerdas que el propio compositor no había señalado. En esta forma periodos opacos cobraron una brillantez súbita; las frases banales, un patetismo arrebatador y todo aquello que ya era de por sí profundo y noble se elevó a una espléndida y altiva grandeza. Por lo que hace a los sonidos simultáneos —que fueron su más atroz pesadilla en el Conservatorio—, le fue posible alcanzar no sólo las terceras, sino todas las décimas de doble cuerda, aun cuando éstas siempre se le habían dificultado grandemente a causa de la torpe digitación. La mano derecha, a su vez, se condujo con exactitud y precisión prodigiosas al encontrar y obtener, cuando se requería para ello, el punto de la escala propio o el color más inesperado de la encordadura, ya aproximándose o alejándose del puente, ya con el uso del arco entero o sólo del talón o la punta, según lo pidiese el fraseo. O finalmente, con el ataque individual de cada sonido en el alegre y juvenil *stacatto* o con el brioso y reidor *saltando*. A causa de todo eso la impresión de conjunto resultó de una intensidad conmovedora y los sentimientos que la música expresaba, la bondad, el amor, la angustia, la esperanza, la serenidad del alma, surgieron libres, radiantes y jubilosos como un canto sobrenatural y lleno de misterio.

“Ahora cambiará todo —se dijo Rafael después de haberse escuchado—; será todo distinto. Todo cambiará.” Sonreía hacia algo muy interior de sí mismo y por eso su rostro mostraba un aire estúpido. Era imposible darse cuenta si un fantástico dios nacía en lo más hondo de su ser o si un oscuro ángel malo y potente se combinaba en turbia forma con ese dios.

Caminó en dirección de la mesa cubierta con un mantel de hule roñoso, y en el negro y deteriorado estuche que sobre ella descasaba guardó el violín después de cubrirlo con un paño verde. Llamaron su atención las figuras del



mantel, infinita y depresivamente repetidas en cada una de las porciones que lo componían. “Todo cambiará, todo”, se repitió, y advirtió que ahora esa frase se refería al mantel. Cuántas veces no hubiera deseado cambiarlo, pero cuántas, también, no se guardaba ni siquiera de formular este deseo frente a su mujer, tan pobre, tan delgada y tan llena de palabras que no se atrevía a pronunciar jamás. Eran unas tercas figuras de volatineros sin sentido, inmóviles, inhumanos, que se arrojaban unos a otros doce círculos de color a guisa de los globos de cristal que los volatineros reales se arrojan en las ferias.

“Hasta esto mismo, hasta este mantel cambiará”, finalizó sin detenerse a considerar lo prosaico de su empeño —cuando lo embargaban en contraste tan elevadas emociones— y sin que la vaga y penosa sonrisa se esfumara de sus labios.

No quería sentirse feliz, no quería desatar, sacrílegamente, esa dicha que iluminaba su espíritu. Algo indecible se le había revelado, mas era preciso callar porque tal revelación era un secreto infinito.

Nuevamente se miró las manos y otra vez se sintió muy pequeño, como si esas manos no fueran suyas. “Es demasiado hermoso, no puede ser. Pero ahora todo cambiará, gracias a Dios.” Lo indecible de que nadie hubiera escuchado su ejecución, y que él, que él solo sobre la tierra, fuera su propio testigo, sin nadie más.

—Parece como si tuvieras fiebre; tus ojos no son naturales —le dijo su mujer a la hora de la comida. No era eso lo que quería decirle, sin embargo. Querría haberle dicho, pero no pudo, que su mirada era demasiado sumisa y llena de bondad, que sus ojos tenían una indulgencia y una resignación aterradoras.

—¿Estás enfermo? —preguntaron a coro y con ansiedad los niños. Rafael no respondió sino con su sonrisa lastimera y lejana.

“No les diré una palabra. Lo que me ocurre es como un pecado que no se puede confesar.” Y al decirse esto, Rafael sintió un tremendo impulso de ponerse en pie y dar a su mujer un beso en la frente, pero lo detuvo la idea de que aquello le causaría alarma.

Ella lo miró con una atención cargada de presentimientos. Ahora lo veía más encorvado y más viejo, pero con ese brillo humilde en los ojos y esa dulzura torpe en los labios que eran como un índice extraño, como un augurio sin nombre. “Es un anuncio de la muerte. No puede ser sino la muerte. Pero, ¿cómo decírselo? ¿Cómo darle consuelo? ¿Cómo prepararlo para el pavoroso instante?”

Hubiera querido, ella también, tomar aquella pobre cabeza entre sus manos, besarla y unirse al fugitivo espíritu que animaba en su cuerpo. Pero no existían las palabras directas, graves y verdaderas, sino apenas sustituciones espantosas mientras toda comunicación profunda entre sus dos ánimas se había roto ya.

—Descansa hoy, Rafael —dijo en un tono maternal y cargado de ternura—; no vayas al trabajo. Esas funciones tan pesadas terminarán por agotarte —lo dijo por decir. Otras eran las cosas que bullían dentro de ella. Pensaba en el tristísimo trabajo de su marido, como ejecutante en una miserable orquesta de cantina-restaurante, y en que, sin embargo, eso también iba a concluir. “Quédate a morir —hubiera dicho con todo su corazón—, te veo en el umbral de la muerte. Quédate a que te acompañemos hasta el último suspiro. A que reemos y lloremos por ti...”

Rafael clavó una mirada por fin alegre en su mujer, al grado que ésta experimentó una inquietud y un sobresalto angustiosos. “¿Podría entenderme —pensó Rafael— si le dijera lo que hoy ha ocurrido? ¿Si le dijera que he consumado la hazaña más grande que pueda imaginarse?”

Al formularse estas preguntas no pudo menos que reconstruir los extraordinarios momentos que vivió al ejecutar la fantástica sonata, un poco antes de que su mujer y sus hijos regresaran. Los trémolos, patéticos y graves, vibraban en el espacio con limpidez y diafanidad sin ejemplo, los acordes se sucedían en las más dichosas y transparentes combinaciones, los arpeggios eran ágiles y llenos de juventud. Todo lo mejor de la tierra se daba cita en aquella música; las más bellas y fecundas ideas elevábanse del espíritu y el violín era como un instrumento mágico destinado a consumir las más altas comuniones.

“No puedo creerlo aún”, se dijo mirándose las manos como si no le pertenecieran. Se sentía a cada instante más menudo, más humilde, más infinitamente menor dentro de la grandeza sin par de la vida. Quiso tranquilizar a su mujer al mirarla aprensiva e inquieta:

—Todo será nuevo —exclamó—, hermoso y nuevo para siempre.

—Es la maldita bebida —dijo la mujer por lo bajo mientras un terrible rictus le distorsionaba la cara alargándole uno de los ojos—. El maldito y aborrecible alcohol. Tarde o temprano iba a suceder esto...

Condujo entonces a Rafael, sin que éste, al contrario de lo que podría esperarse, protestara, al camastro que les servía de lecho.

Luego hizo que los niños, de rodillas, circundaran a su padre, y unos segundos después, dirigido por ella, se elevó un lúgubre coro de preces y jaculatorias por la eterna salvación del hombre que acababa de entregar el alma al Señor.

Texto contenido en *Dormir en tierra*.

## EL SINO DEL ESCORPIÓN

Ninguna fatalidad pesa sobre los escorpiones aparte de la fatalidad de que todo mundo los considere como tales, de modo que se ven en la necesidad de vivir bajo las piedras húmedas y entre las hendiduras de los edificios, en los rincones sin luz, una vida enormemente secreta y nostálgica después de haber devorado dulce y lentamente a su madre. Ahí están los escorpiones, sin saber nada de sí mismos, mientras otros animales cuando menos tienen una vaga referencia de su propio ser; pero los escorpiones no. En su tremendo mundo de sombras únicamente les está permitido mirar a sus semejantes, a nadie más. Y aun la enternecedora circunstancia de haber devorado a su madre les impide obtener la información que hubiese podido proporcionarles, respecto al mundo, alguien de mayor experiencia que ellos.

Al escorpión sus semejantes lo trastornan y lo hacen sufrir de un modo indecible porque, sobre todo, no sabe si sus semejantes son diferentes a él o en absoluto, no se le asemejan en nada, como suele ocurrir. Trata entonces de verse de algún modo y comprende que ninguna mejor forma de verse que la de ser nombrado. Pues él ignora cómo se llama y también que no puede ser visto por nadie.

Anhela al mundo. Trata de conocer a los otros seres de la naturaleza, en particular –ignorándolo– a los que menos lo quieren y menos lo comprenden. Se imagina que sería bello estar a su lado, servirles, adornarles la piel con su hermoso cuerpo de oro. Pero es imposible.

Así, sufre un sobresalto espantoso cuando, sobre la pared blanca –esa superficie lunar y ambicionada que tan enfermizamente le fascina–, se abate sobre él la persecución injusta y sin sentido, ya que no trataba de hacer mal a nadie. Su estupor no tiene límites: más bien muere de estupor antes de que lo aplasten, porque en cierta forma aquello le parece de una alevosía indigna de aquel ser a quien tanto deseaba observar, contemplar y tal vez amar, ¿por qué no?, si ese ser, que lo hace con otros, se dignara darle un nombre a él, al pobre escorpión.

Nadie ha podido explicarle –por supuesto– que esa secreción suya es veneno. ¿Quién podría decírselo? Ningún animal, ningún otro ser viviente podría decírselo, ya que, al sólo verlo, sin averiguar sus intenciones, lo matan enseguida y aun él mismo muere, si nadie lo mata, después de hundir sus amorosas tenazas en aquel cuerpo. (Él piensa que aquello es un simple acto amoroso, unas nupcias en que se comunica con el mundo y se entrega desinteresadamente, sin que cuente siquiera con la parte de suicidio inesperado que tal acto contiene). De aquí que entre los escorpiones no pueda existir la tradición; ninguno puede decir a sus descendientes: no hagas esto o aquello, no salgas bajo la luz, no aparezcas en las paredes blancas, no te deslices, no trates de acariciar a nadie, pues ninguno de ellos ha vivido para contarlo. Sufren de tal suerte la más increíble soledad, sin saber cuando menos que son bellos. Aparecen, cuando lo hacen, tan sólo por curiosidad de sí mismos: es el único ser de la naturaleza al que le está prohibido ser Narciso y sin embargo se empeña en verse, porque nadie se ve si no lo han visto, ni cuando, si lo ven, muere.

Como no pueden otra cosa y se pasan la vida escuchando lo que ocurre en el mundo exterior, los escorpiones se dan entre sí los más diversos nombres: amor mío, maldito seas, te quiero con toda el alma, por qué llegaste tan tarde, estoy muy sola, cuándo terminará esta vida, déjame, no sabría decirte si te quiero. Palabras que oyen desde el fondo de los ladrillos, desde la podredumbre seca y violenta, entre las vigas de algún hotelucho, o desde los fríos tubos de hierro de un excusado oloroso a creolina. Porque ellos, repetimos, no saben que se llaman escorpiones o alacranes. No lo saben. Y así, sin saberlo, se sien-

ten requeridos por alguien en las tinieblas, entre besos húmedos o pobres centavos que suenan sobre una mesa desnuda, y salen entonces para ser muertos y para que se hable de ellos en los lavaderos donde las mujeres reprenden a los niños, y los niños de pecho devoran a sus madres apenas sin sentirlo. Aquello resulta un espantoso fraude –piensan los escorpiones–. ¿Para qué nos dijeron aquellas palabras que nosotros creíamos nuestro nombre? ¿Para qué llamarnos malditos, ni eso de ya no trajiste el gasto otra vez, ni aquello de andas con otro, ni lo absurdamente final de te quiero como a nadie en el mundo, si todo era para matarnos, si todo era para no dejarnos ser testigos de lo que amamos con toda el alma y que a lo mejor es el hombre?

Texto contenido en *Material de los Sueños*.

# ÍNDICE

Dios esta en la Tierra	11
[Si el aire...]	13
Capítulo VI Los motivos de Caín	18
Nocturno de la noche	20
Lo que uno sólo escucha	23
El sino del escorpión	28



Se terminó de imprimir en Septiembre 2014 en los talleres de  
Literatura y Alternativas en Servicios Editoriales SC  
Av. Universidad 1815 C. 205  
Oxtopulco, Coyoacán.